

LAS IMPLACABLES MATEMATICAS PRESUPUESTARIASThe Washington Post-Herald, edit.

Si todo transcurre normalmente, el presupuesto norteamericano, el próximo año fiscal, será de unos 1,150 billones de dólares. De estos, aproximadamente 300 m.m. se destinarán a defensa, 250 m.m. a la Seguridad Social y 150 m.m. a los intereses de la deuda. Supongamos que ninguno de estos capítulos sufre recortes (imposibles por lo que se refiere a los intereses) y que no se producen subidas de los impuestos. Quedan 450 m.m. sobre los que se puede ahorrar para eliminar el déficit de 150 m.m. en los próximos cuatro años. Incluso en el caso de que el ciclo continúe inalterado (lo que supondría la etapa sin recesiones más prolongada de los últimos 150 años) y que una parte del déficit se vea reducida a través del crecimiento económico, la presión sobre ese resto presupuestario sería probablemente excesiva.

¿Hay alguna posibilidad de conseguirlo? Pocas. Alrededor del 30 por cien de ese residuo, v.g., va destinado a atenciones sanitarias, principalmente a través de Medicare para los viejos y para los impedidos, y de Medicaid para los pobres. Los pagos a hospitales y médicos por el primero de estos conceptos ha sido ya objeto de grandes reducciones durante la etapa Reagan, y existe un límite a lo que pueda hacerse aún. Las disponibilidades de Medicaid, por otra parte, deberían ser aumentadas, y el mismo Bush hizo alguna promesa en ese sentido, durante la campaña electoral.

Otro 20 por cien de aquel residuo se destina a otros importantes programas para los pobres: "food stamps", asistencia, subsidios para viviendas, paro, compensaciones. También estos son intocables, o deberían serlo. Un 10% adicional debe servir para pagar a los funcionarios y militares jubilados. Como sea que en

en el pasado ya se han hecho economías sobre estos gastos, será difícil reducirlos aún más.

Todo esto deja unos 180 m.m., que se destinan a cosas tales como subvenciones a los veteranos, ayuda a estudiantes, subsidios a la agricultura, estímulos a la educación, participaciones en la construcción de carreteras y otras subvenciones -cada día menores- a los gobiernos estatales y locales, al control del tráfico aéreo y al programa espacial.

No es que todos esos gastos no puedan ser reducidos. Pueden serlo. Ahora bien, su reducción es más difícil de lo que parecen creer los conservadores. Compartimos el punto de vista de Bush en el sentido de que los gastos de defensa no deberían ser recortados, en términos reales, precisamente ahora. También estamos de acuerdo con él en que la Seguridad Social no debería ser reducida directamente (aunque deduciríamos algunos miles de millones del sistema indirectamente, sometiendo una parte mayor de los beneficios que ahorra al impuesto sobre la renta, ingresando en el fondo general los correspondientes rendimientos). También limitaríamos las tarifas de los médicos del Medicare, reduciríamos las ayudas a la agricultura, vigilaríamos más estrechamente los programas en favor de los veteranos, aplazaríamos la puesta en órbita de una estación habitada, cortaríamos los abusos que se puedan producir en materia de préstamos a estudiantes universitarios y eliminaríamos unos cuantos trasnochados programas de menor entidad. Por ejemplo, podemos imaginar perfectamente un gobierno federal sin una Small Business Administration, o una Economic Development Administration, o aún una Appalachian Regional Administration.

Ahora bien, la importancia de todo eso es más política que fiscal. Después de haber suprimido todo lo dicho -que es mucho más de lo que la mayoría de los elegidos estarán dispuestos a aceptar- el presupuesto continuará desequilibrado, sin poder pensar siquiera en que algún día se vaya a producir un superávit, lo que debería ser un objetivo de la próxima administración.

Las matemáticas presupuestarias son implacables. Se necesita una importante subida de los impuestos.